

# *El tarentino, columnas de sal*

---

Jorge Dávila Miguel

ERSONAKIS DE TARENTO FUE NAVEGANTE, NO POR PROFESIÓN, GUSTO O NECESIDAD, sino porque dedicó tres cuartos de siglo a establecer desde un velero la existencia de cuevas, depresiones, valles y hasta precipicios en la superficie del océano.

Todos imaginan que la superficie del mar es uniforme, sólo alterada por las olas o alguna que otra tempestad, pero no es así. Cuando el hombre no la ve, adquiere su verdadera forma que es magnífica y enorme, plagada de cordilleras labradas del mar y ríos de espuma, depresiones de sal y colinas de agua pura. Basta que un ojo humano o algún artefacto se aproxime para que toda esa topografía se convierta, de improviso y sin estruendo, en la superficie horizontal que todos conocemos, con sólo el movimiento cadencioso de las olas causado por el súbito cambio y que otros estudiosos atribuyen por error al viento.

Ersanakis observó todo lo verdadero de esos parajes y sin dificultad, pues para sus viajes usó permanentemente un velero de hielo, impoluto y transparente, que en nada asustaba a las cuevas del océano pues la embarcación había sido congelada del mar y ella no era más que él y viceversa. El tarentino se cuidó además de llevar la mayor parte del tiempo sus ojos vendados y sólo recibía la realidad del paisaje respirando profundamente —como aprendió de las reglas de Lipekas<sup>1</sup>— especialmente en el crepúsculo y la aurora. Para así percibir con sus pulmones la imagen perfecta de los prohibidos lugares.

De esa forma realizó la mayor parte de su estudio, que cubre cinco de los siete mares, y en nada puede tacharse de inexacto. Porque es cierto que debido a su condición de Asociado Mayor en ciertos momentos él podía levantar la venda de sus ojos y contemplar directamente —aunque en un segundo— toda la realidad de los continentes superficiales marinos, ocultos, enormes y cambiantes.

---

<sup>1</sup> Las reglas son los métodos de cómputo, análisis y conclusiones que constituyen y definen una Logia. Una Logia es siempre dirigida por un Asociado Mayor y se ocupa del exhaustivo estudio de un tema en particular. Lipekas fue el Asociado Mayor que estableció las primeras reglas sobre el conocimiento de la realidad a través de la más simple y cándida respiración.

Sólo una vez, al inicio de su estudio, estuvo a punto de ser tragado por las aguas, debido a la normal impetuosidad del que comienza, (de la que no están exentos ni aún los mayores asociados), y a las peculiaridades del sitio por donde entonces su gélido velero transitaba.

Aquella tarde antes de caer el sol Ersonakis levantó, como había soñado tantas veces y hecho pocas, el paño de sus ojos (por un segundo) y vio que a su alrededor la mar estaba plana, cosa extraña, pero que a unos dos kilómetros delante de él, se levantaba el paisaje del océano más grandioso que jamás hubiera contemplado. Esperó por un momento el derrumbe total de aquellas aguas, aferrado a su barco de cristal aunque confiado, porque a tal distancia ningún daño podría sucederle. Pero ni una cresta de sal se desplomó.

Entonces el tarentino se inflamó y pensó haber descubierto Maranubio, un paisaje eterno y enhiesto de las aguas, reseñado en los albores de la regla del mar por Milabás, su fundador, y a quien Ersonakis seguía en el trabajo de agotar todos los cálculos que el viejo había propuesto ya cien años antes.

Aquel sitio, Maranubio, (llamado así porque Milabás estableció que sólo el mar podría conservar perennemente su forma original cuando participara de la capacidad inmutable de las nubes<sup>2</sup>), de ser encontrado y ubicado en los mapas de la logia, mostraría a muchos colegas la existencia de los paisajes en las aguas, por propia visión, y no por aliento, cálculo o ensueño. Y por eso Ersonakis dispuso sus velas al instante para alcanzar cuanto antes Maranubio.

Y en efecto llegó allí, y paseó con los ojos abiertos y repletísimos de luz entre las montañas enormes de agua y los ríos de espuma y las altas columnas de sal. Y pudo contemplarlo todo largamente y hasta se emocionó. Deseó seguir vagando en ese paisaje para siempre y para siempre olvidar todos sus estudios, anotaciones y teoremas. Pero no en balde era Ersonakis de Tarento un asociado mayor, y pudo en él más el amor del cálculo y la regla que el placer desenfrenado de aquella eternidad.

Puso proa al extremo más cercano del paraje y dispuso su astrolabio y su compás, un catalejo y su brújula, su pluma de pularda, su ya abultado libro de notas (en muchos sitios desaparejas pues usualmente escribía a ciegas), y su tintero. Eso le salvó. Llegaba casi hasta el mar plano y se disponía ya a orzar para iniciar el bojeo y medición de Maranubio, cuando éste, sin estruendo, pero de manera terrible, comenzó a venirse abajo. Poco tiempo tuvo el de Tarento para tensar sus velas y salvar los metros que le apartarían sin dudas de la muerte, pues los torrentes enhiestos, las cataratas de sal y colinas de agua pura se venían abajo sin remedio, deshaciendo aquel paisaje, sepultando cualquier cosa que hubiera logrado contemplarlo. Pero lo logró.

---

<sup>2</sup> Milabás, primer estudioso de los océanos, la atmósfera y sus peculiaridades. Nunca navegó. Conoció la mar sobrevolándola pues era más afín a lo gaseoso que a lo húmedo. Una de las reglas principales de su logia la dedicó a las nubes. Estableció que éstas nunca varían su estructura, que depende de ocho arquetipos diversos; ni su forma particular, que es invisible. Lo que percibimos de una nube son los millones de partículas de agua que flotan en el aire dentro de ella. Divisamos sólo lo que alberga una nube, no sus verdaderos contornos, que son precisos e inmutables.

Poco después todo aquel mar a sus espaldas era plano y cadencioso como el mar que casi siempre contemplamos.

Ersonakis deploró no haber encontrado Maranubio, se complació por su celo profesional y aprendió que nunca, nunca más debía quitar bruscamente un velo de sus ojos cuando explorara alguna maravilla oculta de los mundos peligrosos. Pero se preguntó: ¿Si no era la ciudad enhiesta de las aguas, cómo pude navegar por entre las columnas enormes de la sal?

Tiempo después, el tarentino comprendió que en ciertas ocasiones no era característico el derrumbe instantáneo de las aguas por la simple observación, sino que, a veces, éstas tardaban algún tiempo en reducirse al simple mar. Supo que eso acontecía cuando se reunían niveles apreciables de nobles emociones ante el sitio y no simples miradas; niveles a menudo arduos de evitar cuando algún incauto humano divisa arrobado esos parajes y se lanza a explorar el vientre de esa maravilla de los mares.

Un intenso y puro asombro puede detener entre 20 y 32 minutos el general derrumbe de las aguas, tiempo suficiente para adentrarse en ellas, participar por un instante sin pausa en las realidades ocultas, y luego perecer. Esa fue la causa, comprendió, de aquella demorada disolución de los paisajes, así como de las extrañas desapariciones de veleros y navíos en la mar, sin causa explicable y que no han dejado de suceder hasta el presente.

Ersonakis también logró, con manso estudio, delimitar luego el perímetro donde suceden esas formaciones anómalas y peligrosas, así como las precisas condiciones que las revelan o las velan de la vista. Es necesario para que sean contempladas que alguien, al menos uno de los navegantes o viajeros, sea un poeta, y que además anhele encontrar algo que nadie nunca antes ha encontrado.

Esos falsos Maranubios sólo pueden ocurrir en un área relativamente pequeña, situada entre tres islas, Seles, Alara y Lumarión. También habría otros sitios semejantes en todo el extenso mar, por ejemplo a la entrada del Mediterráneo, pero esos son considerablemente menos importantes, aunque sí mortales.

Ersonakis de Tarento, mucho tiempo después, cuando concluyó gran parte de su estudio en cinco mares, pudo deambular por los rígidos paisajes del agua con los ojos perfectamente abiertos y contemplarlo todo. Eso fue posible no sólo por la experiencia acumulada en tantos años de cálculos marinos, sino también por un peculiar espejo que talló y aprendió a utilizar para su júbilo.

Al tacto arrancó cierta tarde una arista de montaña de mar, clarísima y secreta, y al tacto la talló perfectamente mientras permaneció, toda una noche, con los ojos vendados, puliéndola, dentro de un falso Maranubio. La envolvió luego en un paño pardo, impenetrable a la luz, para que no se le deshiciera al instante cuando su vista la encontrara, y sólo develaba tal espejo ante sus ojos cuando sabía que de nuevo transitaba por el vientre eterno, enorme y peligroso de las aguas altas. La luz que partía de sus ojos para contemplar los paisajes de la sal no los ofendía porque al pasar por el espejo

marino venía como de ellos mismos y así no habría provocación alguna. Eso es lo que se dice entre todos los colegas de las reglas, aunque podría existir otra razón, lo que es probable, para ese privilegio y su equilibrio. Pero de ser así sólo la conocerían unos pocos.

Lo cierto es que el tarentino pudo comprobar que todo lo que había imaginado, inhalando sin parar el aire marino en amaneceres y crepúsculos, era totalmente exacto, tal como aparece reseñado en los treinta volúmenes que sobre topografía superficial marina existen para uso y conocimiento de las logias superiores.

Ersonakis aún deambula esos parajes, sin dudas realizando algún otro cálculo. No se sabe si al fin ha descubierto Maranubio.

(«El tarentino, columnas de sal» forma parte del libro de relatos inédito *Fieras ocultas*, de Jorge Dávila Miguel).

